

Alonso de Covarrubias y la iglesia parroquial de Navalcarnero

Juan Luis Blanco Mozo

No es difícil discernir para el visitante los dos mundos estilísticos que a grandes rasgos coexisten en la arquitectura de la iglesia parroquial de Nuestra Señora de la Asunción de Navalcarnero. Por un lado, el gótico, el de las dos arquerías (Fig. 1) que separan las naves con unos estilizados soportes y, por otro, el renacentista de su capilla mayor y crucero que tanto recuerda el clasicismo desornamentado de El Escorial. La línea divisoria de estas dos entidades quedaría establecida en los pilares compartidos que sirven de separación, como si de un organismo mal avenido se tratara, a su cuerpo y cabecera. Además son apreciables otras pervivencias y adherencias que a lo largo de los siglos han conformado la realidad material de este templo.



Fig. 1. Interior de la Asunción de Navalcarnero.

Queda de este modo planteado el problema capital que ha de resolver –o por lo menos afrontar– el historiador que se enfrenta al estudio de su arquitectura. Siendo norma habitual que las iglesias se comiencen a construir por su cabecera, salvo en contadas ocasiones que responden a causas puntuales y excepcionales, ¿cómo es posible que la parroquial de Navalcarnero presente un testero más moderno que los pilares separadores de sus naves? O, expuesto en términos cronológicos, ¿por qué una cabecera de finales del siglo XVI se superpone a unas

naves y a una torre erigidas en las primeras décadas de esa centuria? Por supuesto, que la respuesta pasa por considerar que estos ámbitos se construyeron en épocas diferentes. Pero también en precisar que formaron parte de dos proyectos planteados en periodos distintos, separados por no menos de treinta años, con presupuestos estilísticos divergentes: el que dio lugar a la conocida como iglesia *vieja*; y la nueva, iniciada como una ampliación de la anterior.

Antes de que se materializaran estos dos proyectos existió lo que se podría denominar como **iglesia primitiva**. Debió de tratarse de un sencillo edificio habilitado para este fin por los primeros colonos que se establecieron en el lugar de Navalcarnero tras su fundación en 1499¹.

1. LA IGLESIA VIEJA

Como ya apuntara José María Bausá, parece lógico pensar que su construcción se iniciara en la segunda o tercera década del siglo XVI, cuando el rápido crecimiento demográfico dejó pequeño el recinto de la iglesia primitiva². Su arquitectura debió de quedar terminada en sus partes fundamentales antes de 1557, año de la contratación del retablo mayor. Los escasos documentos de esta época y las referencias posteriores describen un templo de planta longitudinal (Fig. 2), de tres naves elevadas a diferente altura, más estrechas que las actuales y separadas por las arquerías que hoy todavía se pueden contemplar. Se cubrían con armadura de madera: las laterales en colgadizo y la central con un alfarje de complicación desconocida, lo más probable con un modelo que seguía la tradición constructiva de la carpintería de armar hispano-mudéjar.

Según nuestra opinión, la torre actual —sin el chapitel delineado por el hermano Francisco Bautista a mediados del siglo XVII— formaría parte de este conjunto, adosada a la nave del Evangelio y exenta en tres de sus lados. Si se acepta la cronología propuesta para el comienzo de la iglesia vieja, habría que retrasar el inicio de su construcción una o dos décadas más. En todo caso se trataría de un claro ejemplo de pervivencia de un modelo edilicio, el hispano-mudéjar, que en los siglos precedentes había alcanzado un éxito innegable en tierras toledanas.

¹ Sobre la fundación del lugar de Navalcarnero y los primeros años de su primitiva historia, ver T. Rojo y F. García Rodríguez, *El año en que se fundó Navalcarnero*, Madrid, 1995; Ídem, *Navalcarnero, 1499-1500. Un año de vida*, Navalcarnero, 1996; T. Rojo, *Navalcarnero, 1501-1505. Cinco años cruciales*, Navalcarnero, 1997; y T. Rojo, «Apuntes sobre la repoblación segoviana en el sexmo de Casarrubios», en *Anales del Instituto de estudios históricos del sur de Madrid «Jiménez de Gregorio»*, n.º 1, Madrid (2001), pp. 59-85. Los primeros pobladores debieron de habilitar un espacio modesto y limitado que haría las veces de templo sagrado y que sería destruido en las sucesivas acometidas de los partidarios del comendador don Gonzalo Chacón acaecidas en 1499 y 1500.

² J. M. Bausá Arroyo, *Historia de Navalcarnero*, Madrid, 1984, p. 69.

éstos, es lógico pensar que se construyera siguiendo el lenguaje goticista, en planta poligonal y se cubriera con una sencilla armadura de madera o con una bóveda de crucería con nervios de yeso.

En definitiva, el viejo templo parroquial se configuró con formas modestas acordes con las tradiciones constructivas locales que remiten a las soluciones goticistas e hispano-mudéjares puestas en práctica en otras iglesias de la región. Las madrileñas de San Juan Bautista de Talamanca del Jarama y de San Pedro de Camarma de Esteruelas son buenos ejemplos de lo dicho⁵. Otras de cronología más imprecisa —contempladas con todas las reservas posibles— se encuentran en las parroquiales de la Asunción de Nuestra Señora de Algete, de la misma advocación de Torres de la Alameda, San Martín Obispo de Valdilecha o Santa Catalina de Alejandría de Villamanta⁶. Este último caso, a pocos kilómetros de Navalcarnero, presenta también tres naves separadas por columnas compuestas que sostienen unas sencillas arquerías.

Ante la falta de una datación más precisa y absoluta de la iglesia vieja de la Asunción, la comparación de sus soportes con los de otros ejemplos cercanos nos permitiría plantear una cronología relativa. La única que nos ofrece unas fechas documentadas y fiables es la ya citada de Camarma. Las tres naves de la parroquia, con sus columnas pseudojónicas y sus armaduras, se comenzaron a construir en torno a 1552, prolongándose su ejecución hasta 1565. Aunque no exista una constatación documental que lo demuestre, pudo haber sido trazada por el maestro mayor del Arzobispado de Toledo, cargo que en aquel entonces ostentaba Alonso de Covarrubias (ca. 1488-1570). La presencia de este arquitecto también se relaciona con la iglesia de Talamanca del Jarama, articulada con columnas clásicas. La existencia de pilares góticos en Navalcarnero es prueba irrefutable de su mayor antigüedad respecto a estas últimas, lo que podría significar una diferencia de dos o tres décadas si se tiene en cuenta que las rosetas que decoran las arquerías anuncian la llegada de las formas renacentistas; y, tal vez, un corte cronológico con la etapa anterior.

⁵ Para la iglesia de Talamanca del Jarama, ver P. F. García Gutiérrez y A. F. Martínez Carabajo, *Iglesias de la Comunidad de Madrid*, Madrid, 1998, p. 219. Un estudio de las techumbres de la iglesia de Camarma, en M. A. Toajas Roger, «Carpintería y arquitectura del Renacimiento en Madrid: las techumbres de la parroquial de Camarma de Esteruelas», en *Anales de Historia del Arte*, n.º 5, Madrid (1995), pp. 19-54; e *Iglesia de San Pedro Apóstol de Camarma de Esteruelas. Libro-guía del visitante*, Madrid, 1994.

⁶ Sobre estas iglesias ver las descripciones, en *Inventario artístico de la provincia de Madrid*, Madrid, 1970, pp. 54, 283-284, 300 y 315-316; y GARCÍA GUTIÉRREZ y MARTÍNEZ CARBAJO, *Op. cit.*, pp. 15-19, 236-239, 249-252 y 263-265. Además sobre el templo de Villamanta, ver lo referido a la intervención de Juan Francés, en M. ESTELLA MARCOS, «El testamento de Juan Francés, maestro de cantería. Notas sobre su vida y sus obras en la capilla del Obispo, Navalagamella y Villamanta», en *Archivo Español de Arte*, n.º 233, Madrid (1986), pp. 104-105.

Así las cosas es probable que la iglesia vieja de Navalcarnero se comenzara a levantar a finales del pontificado de Cisneros (1495-1517), en el efímero de Guillermo de Croy (1517-1524) o, más seguro, en el del cardenal Fonseca (1523-1534); y que tal vez llegara a su término bajo la mitra de Juan Pardo Tavera (1534-1545). En todo caso parece lógico atribuir su traza al maestro mayor de la catedral toledana Enrique Egas (1496-1534), un profesional todavía anclado en el uso de las estructuras y formas goticistas.

2. LA IGLESIA NUEVA. LA CONSTRUCCIÓN DE SU CABECERA

Pronto la iglesia vieja quedaría superada en su capacidad por el crecimiento demográfico experimentado en Navalcarnero en las primeras décadas del Quinientos. Las *Relaciones topográficas* de Felipe II y algunos testimonios de los jesuitas asentados en el lugar confirman este aumento, cifrado en más de 700 vecinos antes de finalizar el siglo⁷.

Así las cosas el 22 de abril de 1580 el maestro Nicolás de Ibarra se concertó con Esteban Colomo, mayordomo de la iglesia, para realizar el trabajo de cantería en la cabecera de una nueva iglesia que vendría a sustituir a la vieja. En concreto, contrató la ejecución de su capilla mayor, sus dos colaterales y dos sacristías⁸. En esas mismas fechas se debió de contratar la obra de albañilería con Alonso de Ávalos el Viejo.

Ibarra trabajó sin mayores sobresaltos hasta su fallecimiento en 1593. Su vida y fiadores traspasaron la obra de cantería a Bartolomé de Elorriaga, vecino de la ciudad de Toledo y residente en San Lorenzo de El Escorial. A cambio de unas moderadas contrapartidas económicas, el maestro de cantería se comprometía a realizar la cabecera contratada por Nicolás de Ibarra en 1580⁹. La llegada de Elo-

⁷ El crecimiento continuo de población experimentado desde la fundación del lugar se justifica por ser las tierras de realengo, en *Relaciones topográficas de Felipe II*. Madrid, A. Alvar Ezquerra coord., Madrid, 1993, t. II, p. 513. En 1579, al tiempo de completarse este cuestionario, se contabilizaban 500 vecinos. Pocos años después debió de escribirse por una pluma anónima de la Compañía de Jesús el *Memorial de las razones que hay para que no convenga deshacer el Colegio de Navalcarnero* que cifraba esta población en casi los 700 vecinos, en (A)rchivo de la (P)rovincia de (T)oledo de la (C)ompañía de (J)esús, E-2:50,6 (I). Dato confirmado con creces en el repartimiento del donativo de 1591, que sumó 726 vecinos en Navalcarnero, en *Censo de población de las provincias y partidos de la Corona de Castilla en el siglo XVI*, Madrid, 1829, p. 63.

⁸ La escritura de contrato, que pasó ante el escribano Pedro Gutiérrez, no ha llegado hasta nuestros días. Conocemos su existencia, que no su contenido exacto, por las referencias que a ella se hacen en el documento de traspaso de 1594, sobre el que volveremos, en (A)rchivo (H)istórico de (P)rotocolos Notariales de (M)adrid, pr. 30.308, fs. 342-346 (30-I-1594).

⁹ AHPM, pr. 30.308, fs. 342-346 (30-I-1594). Para evitar los problemas provocados por el contrato de su antecesor, Elorriaga se buscó fiadores entre sus compañeros de profesión, una decisión que se su vital y muy acertada para el futuro de la obra. Como principal fiador presentó al maestro de

riaga a la parroquial de la Asunción no parece que fuera una casualidad. Al probable paisanaje que le unía con el difunto Ibarra, habría que añadir su larga experiencia profesional en la fábrica escorialense. Orgullosa y conocedor del prestigio que esta vinculación le reportaba, el propio cantero se titulaba en la documentación como *destajero* de la fundación jerónima. No en vano había trabajado desde 1582 hasta 1590, siempre en compañía de otros maestros, en la cantería del solado de uno de sus patios, de los nichos de los jardines, de la nueva botica y del famoso templete de los Evangelistas¹⁰.

La presencia de este cualificado cantero coincide con la primera aparición documentada en Navalcarnero de Nicolás de Vergara el Mozo, maestro mayor de las obras del Arzobispado de Toledo. Fue el visitador eclesiástico quien reclamó su presencia en octubre de 1594, previa licencia del Consejo de la Gobernación¹¹. Al parecer la parte de Bartolomé de Elorriaga requería que se visitase y midiese la obra ejecutada hasta entonces por el desaparecido Nicolás de Ibarra, en previsión de que en el futuro pudieran surgir problemas achacables a su antecesor. De este modo Vergara el Mozo emitió un interesante informe, dividido en dos partes, que habría que fechar en los primeros meses de 1595¹².

cantería Andrés de Nates y éste a su vez a Juan de Nates y a Juan de Busga Baldelastras, en AHPM, pr. 30.304, fs. 386-399 (III/VI-1594).

¹⁰ Los datos más precisos sobre su actividad en el monasterio escorialense, en A. Bustamante García, *La octava maravilla del mundo (estudio histórico sobre El Escorial de Felipe II)*, Madrid, 1994, pp. 424-427 y 602-603. Por esta dedicación fue un profesional y un hombre muy apreciado por Juan de Minjares, aparejador de El Escorial, y por el propio Francisco de Mora, quien en 1591, cuando escaseaba el trabajo en el monasterio, le recomendó ante el obispo de Segovia para que le diera trabajo en la catedral *por ser inteligente y hombre de verdad*, en E. Llaguno y Amírola, *Noticia de los arquitectos y arquitectura de España desde su restauración, con adiciones de J. A. Ceán Bermúdez*, Madrid, 1829, t. III, pp. 47 y 74. Y así sería porque poco tiempo después contrataría en compañía de Bartolomé Pedraja la construcción de ocho de las capillas de la girola de este templo, en T. Cortón de las Heras, «Los maestros de la girola de la catedral de Segovia», en *Estudios segovianos*, n.º 98, Segovia (1998), pp. 35-81. Por estas mismas fechas Elorriaga aparece relacionado con la obra de ampliación de la iglesia parroquial de Valdemorillo (1590), de la que pudo dar alguna traza parcial; y con la reconstrucción del castillo de Villaviciosa de Odón (1592), en G. de Andrés, «La construcción de la iglesia de Valdemorillo y el castillo de Villaviciosa de Odón según las trazas de Bartolomé de Elorriaga», en *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, t. XIII, Madrid (1973), pp. 64-78; y F. Marías, «El monasterio de la Inmaculada de Chinchón y Nicolás de Vergara el mozo. El castillo de Villaviciosa de Odón y los arquitectos reales», en *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, t. XVII, Madrid (1980), pp. 274-275. Casi al mismo tiempo que contrataba el traspaso de la obra de Navalcarnero, hacía lo propio en trabajos parciales de las parroquiales de El Escorial (1594) y de Alcázar de San Juan (Ciudad Real), en Andrés, *Op. cit.*, p. 62.

¹¹ (A)rchivo (P)arroquial de (N)avalcarnero, N.0-10, s.f. (24-X-1594).

¹² AHPM, pr. 30.304, f. 395. La copia del mismo quedó protocolizada sin fecha junto a la licencia otorgada por el Consejo de la Gobernación del Arzobispado de Toledo para continuar con la obra. Ésta fue expedida el 24 de abril de 1595, tras haber consultado el informe emitido por Vergara, que, por lo tanto, habría que fechar con anterioridad.

El maestro mayor dio el visto bueno al trabajo realizado por Ibarra hasta su fallecimiento, declarando que había cumplido con la obligación y las condiciones firmadas en 1580. Añadía que la fábrica alcanzaba en esa fecha una altura, en lo referido a la cantería y albañilería, de 34 pies (9,52 metros). Pero quizás lo más importante es que en la segunda parte el arquitecto incluyó una lista de siete condiciones, firmadas de su puño y letra, que Elorriaga debía cumplir para culminar la obra con la *firmeza, perpetuidad y mejor ornato y a menos costa*.

Vergara puso especial interés en que los pilares torales se levantaran de la mejor manera posible. Para ello dispuso que se colocaran dos sillares de piedra en cada una de sus hiladas y que éstas se correspondieran con las que se elevaban en las columnas del cuerpo de la iglesia. De esta manera los tres arcos nacerían —como hoy se puede apreciar— a la misma altura. Además el arranque de éstos se haría con jarjamentos de piedra de una sola pieza, conocedor de la presión que este punto tan sensible tendría que soportar. Mandó también que en los *rincones* de los colaterales, esto es, de los brazos del crucero, se hiciera de cantería el cuarto de columna que estaba previsto levantar, en correspondencia con los citados pilares columnados. Al exterior la cornisa de cierre se construiría de ladrillo, dividida en sardinel, bocel y corona. La sacristía sólo contaría con una ventana y la capilla mayor con otra que se abriría más arriba de lo que estaba previsto hacer. La sexta de las condiciones es vital para conocer la progenie arquitectónica de estos proyectos pues Vergara el Mozo introdujo un cambio radical en la articulación de las bóvedas de la cabecera. En las trazas de 1580 estaba previsto cubrir el crucero con cañones decorados con casetones, mientras que el tramo del presbiterio lo haría con una gran *venera*. En sintonía con los aires escurialenses que soplaban en la arquitectura áulica, optó por suprimir estas decoraciones renacentistas en beneficio de unas sencillas bóvedas rotas por lunetos, en el caso de los colaterales; y divididas por fajas, como si fueran unos costillares, en el testero poligonal, hoy oculto por el cascarón del retablo mayor. Además es muy probable que el maestro mantuviera del proyecto original la bóveda que cierra la capilla mayor, si bien prescindiendo de la retícula de casetones —seguro que concéntricos y en disminución— que recubría su interior.

Todas estas condiciones quedarían visualizadas en unas trazas que el maestro mayor de Toledo dejaría a los contratistas de la obra de Navalcarnero¹³. Los trabajos debieron de continuar sin mayor problema hasta el fallecimiento de Bartolomé de Elorriaga en el verano de 1598. Fue entonces cuando Andrés de Nates se hizo cargo del cumplimiento del contrato como fiador del difunto. Ahora bien,

¹³ Nicolás de Vergara cobró 204 reales por su trabajo en Navalcarnero, 132 de los cuales se le pagaron por una traza, en APN, N.0-10, s. f. (1595).

los documentos avalan su presencia en el tajo de la fábrica parroquial desde por lo menos 1595, lo que podría indicar que el maestro montañés había estado al frente de la obra en representación de Elorriaga, ocupado en la ejecución de otros encargos¹⁴. Lo cierto es que coincidiendo con la muerte de este último, Nicolás de Vergara visitaría la obra para decidir *cómo se avia de hazer lo que faltava*¹⁵.

Esta última etapa de la construcción de la cabecera fue lenta y difícil, no exenta de problemas económicos y técnicos. En 1597 la obra estaba muy avanzada en lo que respecta a la albañilería —de la que seguiría encargándose Alonso de Ávalos el Viejo— y a la cantería. Las noticias indican que las bóvedas estaban a punto de cerrarse y que pronto se comenzarían a fabricar las armaduras. Por ello se dieron las primeras órdenes para proceder a la tala de 300 pinos en los bosques propiedad de la ciudad de Segovia, casi al mismo tiempo que Ávalos cobraba por *derribar la capilla bieja*¹⁶. De entonces data la citada visita de Nicolás de Vergara, coincidiendo con la muerte de Elorriaga, en la que se debió de decidir el diseño de las partes altas de la cabecera.

Una operación que continuaría sin mayor novedad hasta 1602, año en el que se registran en las cuentas de la visita los pagos por las tasas y retasas de una obra sin especificar, que debió de ser la de la armadura¹⁷. Un año antes y para proceder al cierre de las limas de esta última, se deshicieron los últimos obstáculos que impedían su articulación. Juan de Paredes recibiría cierta cantidad por *deshazer el arco biejo de la entrada de la capilla mayor*, esto es, por desmontar el arco toral que hasta entonces había servido de transición entre la nave central y la capilla mayor de la iglesia vieja¹⁸.

3. UN PROYECTO FRUSTRADO

Dos décadas después de iniciarse las obras, la cabecera (fig. 3) de la nueva iglesia de Navalcarnero estaba terminada. De la capilla mayor del viejo templo no quedaría nada, ni tan siquiera los cimientos¹⁹. Sin embargo, lo que se esperaba que

¹⁴ En junio de 1595 Andrés de Nates, en su nombre y en el de Elorriaga, se comprometió a terminar la obra con los 1.000 ducados que la iglesia parroquial se obligó a tomar a censo, en AHPM, pr. 30.304, fs. 400-401 (10-VI-1595). En las visitas de 1595 y 1597 se registraron pagos a favor de Nates por un valor de más de 7.000 reales, en APN, N.0-10, s.f.

¹⁵ Se le pagaron por ello 44 reales, en APN, N.0-10, s.f. (10-XII-1598).

¹⁶ APN, N.0-10, s.f. (1597).

¹⁷ *Ibidem*, s.f. (1602).

¹⁸ *Ibidem*, s.f. (1601).

¹⁹ Los cimientos serían desmantelados en 1604 por Alonso de Ávalos el Viejo, cobrando por este trabajo 17 reales, en APN, N.0-1, f. 8 r.º (1604). Este afán por deshacer los restos de la cabecera vieja tiene que ser entendido en su justa medida y en su preciso contexto. Por un lado —como ya avan-

fuese el inicio de una gran iglesia pronto se convertiría en un quebradero de cabeza para las autoridades del lugar y para los maestros contratistas. La armadura que cubría la cabecera comenzó a demostrar un *daño* apreciable como consecuencia de importantes defectos estructurales que amenazaban la propia estabilidad del templo. Fue el inicio de un largo pleito entre los responsables de la parroquial y los herederos de los maestros Nates y Ávalos, que ya para entonces habían fallecido y a los que la fábrica aún les debía diversas cantidades²⁰. A instancias de Nicolás de Vergara se deshizo parte de la estructura para su reparación y nuevo montaje, tarea que debió finalizar en 1607.

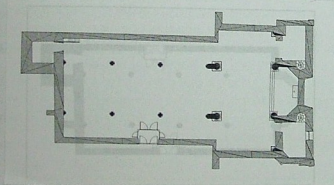


Fig. 3. Planta de la iglesia hacia 1600.

Éste fue el lánguido final de la obra de la cabecera nueva y, por desgracia, del proyecto que los vecinos de Navalcarnero alumbraron en 1580. De la continuación de la capilla mayor y del crucero hacia los pies de la iglesia —es de suponer que en forma de un cuerpo longitudinal dividido en tres naves— nunca más se supo. El endeudamiento a largo plazo provocado por esta obra y el imprevisto reparo de su cubierta dejarían exhaustas las arcas parroquiales. Ahora bien, a partir de entonces nacería una especie de anhelo recurrente, «un querer y no poder», por finalizar el templo inacabado que, instalado en el acervo de las gentes, golpearía su conciencia comunal generación tras generación.

zamos— se mantuvieron el mayor tiempo posible para que las funciones religiosas pudieran celebrarse en su interior, pues el viejo recinto quedaba envuelto por el nuevo. De este modo, en la medida que se hizo necesario el espacio, se fueron derrocando los muros de la vieja construcción. Pero además el problema económico —más acuciante en la última década del siglo— debió de condicionar esta demolición, pues materiales como la piedra y el ladrillo se reutilizaron en la nueva fábrica.

²⁰ No se conoce la fecha exacta del fallecimiento de Andrés de Nates que debió de morir antes de abril de 1605. Por su parte, Alonso de Ávalos el Viejo había muerto en Navalcarnero el 15 de julio de 1604. Su partida de defunción, en APN, N.1-C-2, f. 160 r.º

El resultado de estos avatares es visible todavía en la «extraña» disposición –ya comentada al inicio de este texto– de nuestra iglesia. Como si de una cicatriz se tratara, la línea formada por los pilares gótico-clásicos sirve de transición a estos dos mundos. Es también el lugar donde mejor se aprecian los pies forzados –desfases al fin y al cabo– que se crearon con esta suerte de «cohabitación». El más llamativo, claro está, es la diferencia de altura entre la cabecera y el cuerpo de la iglesia. Un «escalón», resultado de la aposición de dos estructuras incompatibles, que provocaría continuos problemas de conservación.

Desde el punto de vista arquitectónico, lo que más caracteriza al nuevo proyecto de iglesia fue el empleo de grandes pilares columnados y la escasa diferencia de altura que separaba a las bóvedas de la cabecera. En el primer caso se trataría de unos soportes con forma de columna que no guardaban los cánones proporcionales de los órdenes clásicos. Se articularon con basa ática y capitel simplificado sobre el que remata una pieza muy volada. Desde esta última y a la misma altura arrancaban los arcos que daban paso a la nave central y a las laterales. A pesar de que el arco de aquella se elevaba por encima de éstas no cabe duda de que nos encontramos con el inicio –frustrado, como ya hemos insistido– de una iglesia de planta salón (Fig. 4).

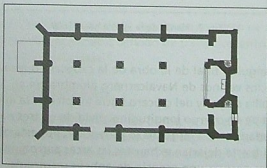


Fig. 4. Reconstrucción hipotética del proyecto de Covarrubias.

Los vecinos y las autoridades eclesiásticas de Toledo se decantaron pues por un modelo que por sus grandes prestaciones se adaptaba mejor que ninguno a las necesidades de una población en continuo crecimiento. Porque la iglesia de planta salón o «hallenkirche», por sus proporciones, permitía un sustancial aumento de la capacidad para vivos y muertos. Creaba en su interior un gran espacio diáfano y unitario al elevar las bóvedas de las naves laterales, hasta casi igualar la altura de las centrales, y fusionarlas con el crucero. Además la altura de sus muros permitía una iluminación más fuerte y

uniforme²¹. No eran menores las ventajas estructurales de este sistema. Situar las naves a la misma altura ayudaba a contrarrestar los empujes de las arquerías y a prescindir de los arbotantes exteriores, habituales en la arquitectura gótica castellana. Las cargas verticales quedaban absorbidas por unos contrafuertes exteriores, de gran capacidad tectónica, que además permitían la apertura de capillas laterales.

Uno de los mejores ejemplos de esta tipología se encuentra a pocos kilómetros, en la iglesia de la Magdalena de Getafe, hoy catedral de la nueva diócesis²². Es innegable el parecido de su cabecera con el testero de la parroquial de Navalcarnero²³. La articulación del ábside ochavado, la colocación de su sacristía e incluso la apertura de la escalera de caracol delatan la relación entre ambas estructuras y su dependencia al quehacer del mismo arquitecto: Alonso de Covarrubias, documentado en el caso getafense.

Nuestra hipótesis pasa por considerar que la traza de la iglesia nueva de Navalcarnero, de la que solamente se construiría su cabecera, salió de la mano de Alonso de Covarrubias. El problema reside en ajustar su maestría mayor del Arzobispado de Toledo —que se extendería desde 1534 hasta su jubilación en 1566, cuatro años antes de su fallecimiento— con el inicio de la obra de la cabecera, contratada en 1580 por el cantero Ibarra.

²¹ Siguiendo la perfecta definición de *hallenkirchen* planteada, en J. Gómez Martínez, *El gótico español de la Edad Moderna. Bóvedas de crucería*, Valladolid, 1998, pp. 203-204; y la síntesis sobre el tema, en F. Marías, *El largo siglo XVI. Los usos artísticos del Renacimiento español*, Madrid, 1989, pp. 111-113. Nos ahorramos la amplia bibliografía sobre la difusión de este modelo a nivel regional, citando el estado de la cuestión planteado, en J. L. Pano Gracia, «Las hallenkirchen españolas. Notas historiográficas», en *Príncipe de Viana*, LIII, Pamplona (1991), pp. 241-256

²² P. Corella Suárez, «Alonso de Covarrubias en la iglesia de Santa María Magdalena de Getafe: estado y documentación. Año de 1549», en *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, t. X, Madrid (1974), pp. 199-227; e ídem, *Arquitectura religiosa de los siglos XVII y XVIII en la provincia de Madrid. Estudio y documentación del partido judicial de Getafe*, Madrid, 1979, pp. 59-62. Con mayor precisión en lo que respecta a las partes de la iglesia actual, trazadas por Covarrubias, en F. Marías, *La arquitectura del Renacimiento en Toledo (1541-1631)*, Toledo, 1983-1986, t. IV, pp. 251-253. Ver además M. y J. M. Sánchez González, *Iglesia catedral Santa María Magdalena*, Madrid, 1998; M. Sánchez González, «Sobre los honorarios percibidos por el arquitecto Alonso Covarrubias por realizar las trazas y condiciones de la iglesia parroquial Santa María Magdalena de Getafe», en *Anales del Instituto de Estudios Históricos del Sur de Madrid «Jiménez de Gregorio»*, I, Madrid (2001), pp. 215-235; y A. Santos Vaquero y A. C. Santos Martín, *Alonso de Covarrubias, el hombre y el artífice*, Toledo, 2003, pp. 236-238.

²³ Claro está que en este punto hay que precisar que la comparación ha de hacerse con las nuevas planimetrías levantadas en los últimos tiempos en ambas iglesias. Para el caso de Getafe, anotar que la planta de la cabecera poligonal, con los tres lados exteriores iguales, fue publicada de forma errónea, en Corella Suárez, 1973, p. 233. La correcta, con todas las mediciones de la iglesia rematadas al amparo de las últimas restauraciones, en Sánchez y Sánchez, p. 36. Lo mismo sucedería con la de Navalcarnero que hasta no hace mucho tiempo pasaba por tener un ábside de tres lados (sexnado), que a la luz de los planos levantados por don José Miguel Rueda Muñoz de San Pedro ha recuperado su aspecto preciso con cinco lados.

En primer lugar, parece claro que Nicolás de Vergara el Mozo rectificó un proyecto anterior, ajeno a su mano, que en 1594 le parecía obsoleto por su decoración —además de ser una solución costosa— en relación a la arquitectura desornamentada de El Escorial que marcaba el gusto del momento. No olvidemos que el citado Vergara había protagonizado un llamativo proceso de conversión al «herrerianismo» a raíz de su intervención en la fábrica del convento de Santo Domingo el Antiguo de Toledo²⁴; y que su maestría mayor se inició en 1575, justo después de la efímera de Hernán González (1566-1575).

Descartados Vergara y González, hay datos que avalan la relación de Covarrubias con la parroquial navalcarnerense. En concreto, su apellido figura entre los testigos de la escritura que obligaba en 1557 al pintor Luis de Velasco (ca. 1530-1606) a realizar el retablo mayor de su iglesia, sustituido en 1666 por el trazado por Juan de Lobera²⁵. Y parece lógico pensar que este retablo estuviera pensado para apoyarse sobre el testero de una nueva iglesia que podría estar ya proyectada.

No cabe más que pensar que en 1580 se puso en práctica un proyecto diseñado con anterioridad, que por algún motivo fue paralizado durante varios años. Tal vez la falta de medios económicos para acometer la obra o los impedimentos puestos por los jesuitas que en 1566 instalarían su colegio junto a la parroquial. De esto último no hay prueba alguna más que una insinuación realizada un siglo después por las autoridades municipales²⁶.

²⁴ Marías, *Op. cit.*, 1983, t. II, pp. 59-66.

²⁵ La escritura se otorgó en la ciudad de Toledo ante la escribanía —hoy desaparecida— de Francisco de Espinosa. Conocemos su existencia por un traslado de la misma, en la que por desgracia no se precisan el día y el mes, en APN, N.6-4, fs. 412 v.º-417 r.º (1557). Debí de otorgarse a finales de marzo o a principios de abril ya que con anterioridad, el 24 de febrero, el mayordomo de la iglesia Lorenzo Sánchez dio poder a favor de su hijo Pedro Sánchez y del cura teniente Alonso de Vozquemada para firmar la escritura de obligación con los artistas, en *Ibidem*, fs. 410 v.º-411 (24-II-1557).

²⁶ El 8 de septiembre de 1658 se convocó un concejo abierto en Navalcarnero. Corrían malos tiempos para el vecindario que se hallaba en pie de guerra contra los jesuitas del Colegio. No es el momento de desgranar cuáles fueron los motivos —históricos a todas luces— que alimentaban este conflicto. Lo cierto es que en ese día se otorgaron poderes para proseguir un pleito por la defensa de la vicaría eclesiástica del lugar, al parecer amenazada de extinción por los hijos de San Ignacio. Para reforzar la posición del municipio, en este documento se hizo un pequeño resumen de los agravios ocasionados por estos, entre los que se anotaba lo siguiente:

(...) Y también habiendo comenzado la fábrica de la capilla mayor, por parte del rector que a la sazón era se expreso embarazo hasta que por el pleito se venció y prosiguió en ella.

AHPM, pr. 30.390, fs. 311-313 r.º (8-IX-1658).